Las incertidumbres de las familias modernas

| Gregorio Luri

Resumen:

Se oye decir con frecuencia que la familia moderna está en crisis. En este artículo intento analizar tres fenómenos que, a mi parecer, justifican este aserto: el papel del cambio tecnológico en nuestra cultura, el aumento del miedo, las dudas y la incertidumbre sobre el futuro y la emergencia de la adolescencia como un nuevo grupo cultural. Como respuesta a estos retos, creo que la única solución práctica pasa por la recuperación de la comprensión clásica del arte de la prudencia.

Palabras clave: familia moderna, cultura tecnológica, incertidumbre, cultura adolescente, moral fragmentaria, principio organizador, prudencia.

Abstract:

It is often said that the modern family is in crisis. In this paper I try to analyze three phenomena that, in my opinion, justify this assertion: the role of technological change in our culture, an increase of fear, doubt and uncertainty about the future and the emergence of adolescence as a new cultural group. In response to these challenges, I think the only a practical solution is trying to recover the classical understanding of prudence.

Keywords: *modern family, technological culture, uncertainty, adolescence culture, fragmentary moral, organizing principle, prudence.*

Recepción: 24/01/2020 - Aceptación: 30/03/2020

La familia moderna

Educar nunca ha sido fácil y, desde luego, nunca se ha conseguido sin esfuerzos ni contratiempos. Tanto es así, que una tablilla sumeria escrita hace 3,700 años recoge la viva discusión entre un padre y un hijo en torno a la dedicación escolar de este último, con un lenguaje que no resultaría muy extraño a la mayoría de padres actuales con un hijo adolescente. Los padres siempre se han sentido con menos capacidad de convicción de la deseada y siempre han tenido dificultades para aceptar que sus vástagos, además de hijos suyos, son hijos de su tiempo y de sus propias decisiones. Nada de esto es nuevo. Lo que sí es nuevo es la cantidad de expertos que se dirigen hoy a las familias diciéndoles cómo tienen que comportarse para merecer el título de familias modélicas, porque las familias, hoy, no se contentan con ser normales, quieren ser intachables. Para ello, si hace falta, no dudan, con la mejor buena fe, en poner a disposición de sus hijos los terapeutas que sean necesarios y más experiencias de diversión que de libertad responsable. A los adultos no nos cuesta mucho infantilizarlos ante nuestros hijos, pero somos reacios a la hora de pedirles que, de vez en cuando, se pongan de puntillas para asomarse a nuestro mundo.

Los padres modernos, en contra de lo que se suele decir a veces, no han dimitido de sus responsabilidades. Más bien ocurre todo lo contrario: nunca los padres se han preocupado tanto por sus hijos. Pero tienden a no preocuparse bien, precisamente porque se preocupan demasiado. No hace falta, para constatarlo, más que observar cómo en las casas el culto iconográfico a los abuelos ha sido sustituido en pocos años por la idolatría a los niños. Hasta hace pocas décadas, lo primero que se veía al entrar en las habitaciones nobles de una casa eran las venerables fotos de los ancestros. Ahora han sido sustituidas por una apabullante imaginería infantil, que incluye desde fotos a dibujos. Esta sustitución no sugiere sólo un cambio de gustos. Proclama un cambio de orientación en el tiempo. Prefiero no detenerme en los llamados “padres instagramer”, que han inundado las redes sociales con fotos y videos de sus hijos, porque no estoy muy seguro de si, en realidad, sólo están alabando su genialidad reproductora. Si se quiere una prueba complementaria de la sobrepreocupación de los padres modernos, aconsejo una visita somera a la sección que más ha crecido en las librerías a lo largo de los últimos años, la dedicada a las familias. Así como un libro eficaz de autoayuda debiera dejar

como inútiles al resto, un libro eficaz sobre la familia debiera reducir rotundamente las ofertas de libros sobre las familias, pero, en realidad, parece que lo que ocurre es que tanto los libros de autoayuda como los dedicados a la vida familiar crean una paradójica adicción. Es difícil librarse de la sospecha de que los diferentes títulos, más que respuestas a las incertidumbres familiares, exponen las inseguridades de los modernos padres de clase media, que no acaban de encontrar la manera de educar a sus hijos en esa felicidad que muchos de esos libros sugieren a su alcance tras cómodos y fáciles pasos.

No hay fenómeno más llamativo en las familias modernas que el de esos padres bienintencionados, pero ingenuos, que esperan conseguir que sus hijos se hagan adultos interponiéndose constantemente entre ellos y sus potenciales frustraciones, para evitar así que la realidad les deje mal sabor de boca. Son los padres sobreprotectores que, sin darse cuenta, están educando a Peter Pan, es decir, a un eterno adolescente narcisista, cuyo preciso nombre se lo dio el filósofo Hobbes hace siglos: “pues robustus”. Para evitar que sus hijos se enfrenten a responsabilidades, están dispuestos a infantilizar el mundo.

En las páginas que siguen intentaré mostrar las perplejidades habituales de las familias modernas (o, más exactamente: de las familias modernas europeas de clase media). Es importante hacerlo porque, como constato continuamente, el mero hecho de formularlas y de situar a las familias ante la imagen de sus propios desconciertos cumple un papel terapéutico. El ejercicio de dar nombre a las inquietudes indefinidas ayuda a concretar sus perfiles y, por lo tanto, a definirlos y afrontarlos. Cada vez estoy más convencido de que lo que con más urgencia necesitan las familias es una cierta distancia irónica sobre sí mismas que les ayude a no tomarse demasiado en serio, que es la forma mejor de tomarse cabalmente en serio.

Sin intención de exhaustividad, pero sí de orientación, expondré a continuación tres motivos de fondo que, a mi parecer, subyacen a estas perplejidades. Sobre este fondo aparecen otros fenómenos que, quizás, sean etiológicamente menos relevantes, pero que no por ello son vividos con menos intensidad en las familias. No quisiera, sin embargo, caer en la fácil tentación de la jeremiada, ese lamento añorante del pasado irrecuperable, porque confunde mucho y aclara poco. Decía Ranke que cada época se relaciona directamente con Dios y creo que, efectivamente, así es. Cada una tiene sus problemas específicos, pero también sus virtudes y sus fortalezas. Si resalto aquí los problemas, no es porque pretenda condenar nuestro tiempo glo-

balmente. Lo que me interesa es resaltar determinadas dificultades con plena conciencia de que, al obrar así, estoy dejando en segundo plano sus virtudes. Pensemos, por ejemplo, en el incremento de la esperanza de vida, de los niveles de escolarización, del aumento del tiempo libre, etc. Los problemas están ahí y son serios. Pero la única manera de encarar con posibilidades de garantía un problema serio es situarse ante él sin aspavientos, con la mirada serena, el gesto seguro y el optimismo impregnando la voluntad.

Los tres problemas básicos, estructurales, de fondo, que quiero subrayar son los siguientes:

1. El fenómeno de la cultura tecnológica.
2. El aumento del miedo y la incertidumbre ante el futuro.
3. La emergencia de la cultura adolescente como cultura autónoma.

Intento más apuntar líneas de investigación que dogmatizar, pero debe quedar claro que lo que digo no responde ni al capricho ni a la ocurrencia, sino que es el resultado de una reflexión y de un contacto continuado con las familias a lo largo de más de cuarenta años.

La cultura tecnológica

Heidegger nos advirtió sobre la diferencia entre la técnica y la esencia de la técnica. Para comprender la primera hay que detenerse a pensar los cambios tecnológicos que se están dando en el mundo. Para comprender la segunda, hay que interrogarse por los cambios de mentalidad que se tuvieron que dar para que la cultura tecnológica se impusiera como la normalidad cotidiana, como lo que ha de ser así y no puede ser de otra manera.

Lo que caracteriza a la esencia de la técnica es la convicción de que los problemas que presentan las cosas del mundo, tanto las naturales como las humanas, tienen respuestas técnicas, y que si aún no las hemos encontrado es porque nuestro conocimiento sobre las mismas no está todavía suficientemente desarrollado. Es decir, posee un optimismo ontológico de fondo que cree bien fundamentado y que puede ir acompañado de un escepticismo epistemológico que supone transitorio. El progreso imparables del conocimiento humano acabará sabiendo cómo ajustar cada pieza de todo lo existente. En definitiva, para la mentalidad técnica, no hay diferencia, ni ontológica ni, sobre todo, noética, entre las cosas humanas y las que no lo son, por lo que todas ellas podrán ir siendo explicadas a medida que vayamos disponiendo de las herramientas adecuadas. Si hasta el

presente la prudencia era el arte de gestionar humanamente las cosas humanas, la técnica nos sugiere que la importancia de la copertenencia prudencial se irá reduciendo a medida que vayamos siendo más sabios. Pero, a mi modo de ver, sigue siendo de la mayor importancia mantener vivo el sentido de la prudencia porque no hay sustituto para esta última. La ciencia, desde luego, no lo es. Tanto es así, que siempre que intentamos sustituir en las cosas humanas la prudencia por la ciencia, acabamos en el nihilismo. No entraremos en esta cuestión, sin duda, de gran importancia para comprender cabalmente el presente, porque nos llevaría muy lejos de nuestro propósito concreto. Lo que nos interesa recalcar es que, con el triunfo de la técnica, lo que podemos llamar “innovacionismo”, en tanto que vivencia cultural de la innovación tecnológica, se ha convertido, de facto, en un imperativo categórico, a pesar de que su crecimiento es mucho más rápido que nuestra capacidad para prever sus consecuencias. Por esta razón nunca ha sido más importante que ahora la prudencia, pero nunca, tampoco, hemos confiado más ciegamente en la siguiente innovación para solucionar los problemas que las innovaciones ya comercializadas han ocasionado.

El innovacionismo es una manifestación singular del progresismo. El progresista tiene puestas sus esperanzas en un futuro mejor; el innovacionista es el consumidor impaciente que desea la última versión de un producto tecnológico para ahora mismo. Lo que le interesa al innovacionista es el imposible proyecto de poseer ya lo inminente, ese producto, o ese tratamiento, o esa experiencia de la que se anuncia su inmediata comercialización. El estatus social se expresa hoy por la posición ante el tiempo que cada uno puede asumir o, dicho más crudamente, por lo que puede comprar y manejar. Por esta razón el presente se erige descaradamente en fiscal del pasado, al que puede menospreciar impunemente por la culpa de no ser suficientemente moderno.

Con el triunfo de la técnica hemos modificado radicalmente nuestra concepción de lo moderno. Lo moderno ha dejado de ser un momento de la sucesión cronológica (lo *hodierno*) para cargarse axiológicamente hasta convertirse en un valor. Para nosotros, lo que se presenta como moderno no necesita justificar que, además, es bueno. Ya damos por supuesto que es bueno precisamente porque es moderno. El innovacionismo es la ilusión de que, puesto que corremos mucho, seguro que estamos ascendiendo.

Existe entre los consumidores un prejuicio muy favorable hacia todo producto que acaba de salir al mercado. No es evidente que el nuevo teléfono móvil que nos compramos nos vaya a dar un servicio mejor que aquel al que sustituye. La obsolescencia de un producto ya no depende de la caducidad de sus prestaciones, sino de su comparación con las prestaciones que nos ofrece otro y, más en concreto, de las posibilidades que nos brinda de hacer a gran velocidad determinadas operaciones que hasta su aparición publicitaria no echábamos en falta.

Tocqueville, que escribió *La democracia en América* mucho antes de la revolución digital, ya veía en las sociedades democráticas “una agitación sin objeto determinado [...], una especie de fiebre permanente que se traduce en innovaciones de todo género, y las innovaciones son casi siempre costosas”. La actual revolución innovacionista es posible por la combinación de la “fiebre” innovadora de la democracia, las necesidades comerciales de las nuevas empresas tecnológicas, la carga axiológica de lo moderno y la preponderancia publicitaria del futuro en el mundo de la vida. La de la tecnología es una carrera en la que quienes llegan en las últimas posiciones han de sufrir la humillación de su postergación.

Como lo moderno –lo *hodierno*– se ha convertido en un valor, el innovacionismo, como acabamos de decir, presenta las características de un imperativo moral: “¡Hay que innovar!”. ¿Qué gobierno o qué institución económica no se somete al mismo?

Lo moral hoy es vivir la fascinación de la continua inminencia de lo nuevo, en el límite del tiempo, con la fe de que ser, es ser tecnológicamente mejorable. Por esta razón, para el innovacionista, la tecnología es más útil que la prudencia.

En el innovacionismo el movimiento importa más que el contenido, porque en el último producto que acabamos de comprar están ya insinuados sus desarrollos tecnológicos inmediatos, que es lo que comenzamos a desear cuando apenas hemos tenido tiempo de disfrutar de nuestra compra. Nos desprendemos de lo que tenemos sin haber aprendido a utilizar todas sus posibilidades porque lo innovador es una señal de estatus. La carga axiológica no recae tanto sobre el contenido de lo nuevo como en la promesa de superación que nos sugiere. Vivimos en la fe en la técnica y es esta fe la que nos impone el culto totalitario de la novolatría.

La novolatría se ha instalado con tanta pujanza en la vida familiar, que tendemos a creer que, puesto que somos más modernos que

nuestros padres y abuelos, somos inevitablemente mejores que ellos. Es una actitud que no deberíamos dudar de calificar de miope, porque nos impide aprender lecciones relevantes del ejemplo de quienes nos han precedido. Por ejemplo, nuestros padres no se problematizaban continuamente su conducta como padres. Hacían –con las excepciones inevitables a todo lo humano– lo que creían que debían de hacer, sin perder mucho tiempo en imaginar que quizás debieron haber hecho otra cosa. Comprendían que lo único que no podían hacer era inhibirse. Los padres modernos han perdido en muchos casos esta seguridad en sí mismos y, si castigan, se lamentan por no haber dialogado; pero si intentan dialogar, se preguntan si no debieran dar alguna imagen más contundente de su autoridad. Echan en falta el libro de instrucciones infalibles para resolver cualquier problema de la vida humana que la cultura tecnológica nos anima a creer que debe existir por algún sitio, cuando les sería más útil aprender algo sensato de sus propios padres.

Nuestros padres sabían, perfectamente, que el comportamiento de sus hijos –niños, adolescentes o jóvenes– en líneas generales, no difería mucho del que ellos habían tenido. Entendían muy bien las motivaciones de sus vástagos, pero sabían que no estaban allí para ofrecer empatía, sino ejemplos del mundo adulto. El hecho de que recordasen perfectamente su propia conducta les permitía recordar también la de sus propios padres y entender el juego que nos corresponde jugar, sin aspavientos, a cada uno en las diferentes etapas de nuestra vida.

Nuestros padres, que concedían más valor a la prudencia que nosotros, sabían que un hijo es un don y que en el don siempre hay algo inesperado. Lo propio del don es la capacidad de sorpresa. Es un gesto que rompe la previsibilidad en el orden de las cosas para ofrecer la posibilidad de un nuevo comienzo. Lo más singular del don no es lo que pone en nuestras manos, sino las posibilidades inéditas de acción que nos brinda. No hay nada con más capacidad de situarse fuera de las dimensiones de lo tecnológico que un don genuino. En este sentido, las generaciones que nos han precedido sabían muy bien que un hijo, aceptado como un don, no es un instrumento que pueda ser programado a su antojo. Si abre nuevas perspectivas a nuestra vida es porque en él se encuentra siempre latente la posibilidad de la sorpresa. El hijo, en tanto que ser humano, es capaz de tomar sus propias decisiones, de asumir progresivamente responsabilidades sobre su propia vida, de ser un constructor de su propio mundo.

Hablar de “nuestros” hijos no es como hablar de “nuestros” objetos. Son nuestros de una manera singular. De hecho, sólo son nuestros si ellos son capaces de entregarse, libremente, a la aventura familiar que su llegada inaugura. En la familia nadie es propiedad estricta de nadie, pero todos nos copertenecemos.

Podemos resumir todo esto diciendo que hemos traspasado a la programación de la agenda la libertad de la venerable y caprichosa cigüeña de antaño. Antes, en tiempos de nuestros abuelos, los hijos *venían*. Los traía la cigüeña a su antojo y las familias tenían que recibir a esta zancuda caprichosa con el consuelo de que un hijo siempre llega con un pan bajo el brazo. Ahora los hijos los trae la agenda. Podemos decir que antes los hijos se encargaban con los ojos cerrados y hoy los programamos. Pensamos que nos irá mejor si el niño nace en la primavera del año que viene porque, en ese momento se habrán dado tales y cuales circunstancias favorables.

Una historia romana nos viene aquí como anillo al dedo. El cónsul Servilio Gémino fue a comer un día a casa del que era considerado el mejor pintor de Roma, Lucio Maílo. Al ver que sus hijos no eran muy agradecidos, no pudo evitar preguntarle: “Dime, Maílo, ¿cómo haces a tus hijos tan mal pintando tan bien?” Entendiendo la malicia, el pintor le respondió: “Porque los hice de noche, pero pinto de día”. Hoy queremos hacer los hijos con los ojos abiertos, diseñarlos como artefactos tecnológicos según nuestra conveniencia. Pero esta libertad —que no critico en sí misma— no se da sin consecuencias. Con el incremento de nuestra libertad de acción crece también nuestro sentimiento de responsabilidad. Los hiper-padres se explican en gran medida por su hipertrofiado sentimiento de responsabilidad. Suelen ser padres con un sentimiento del deber a flor de piel, cargado de emotivismo, pero mal orientado, por eso los vemos con frecuencia empeñados en hacer por sus hijos todo lo que estos, si se les permitiera ser responsables, aprenderían a hacer por su cuenta.

Cuando el hijo no es visto como un don, caemos fácilmente en el peligro de ver lo inesperado que lo acompaña como una carga especialmente desgraciada para las mujeres. De esta forma, la familia, que es el regazo que nos recibe al nacer, se enfría y, en cierta forma, se burocratiza. En ningún otro ámbito se perciben mejor los riesgos del intento de sustituir la prudencia por la ciencia.

Debiéramos recordar con más frecuencia que la *Biblia* comienza con una lección para los padres: “Adán y Eva tuvieron dos hijos”. Crecieron en un ambiente ecológico, incluso vegano, sin malas compañías,

sin pantallas, sin drogas, sin violencias, en el seno de una naturaleza virginal, feraz e incontaminada. Y, sin embargo, no pudieron ser más diferentes. Comprendo muy bien al niño que comentando este hecho dijo que “quizás las cosas pudieron haber sido de otra manera si Caín y Abel hubiesen dormido en habitaciones separadas”. Tenía razón, al menos, en una cuestión fundamental: en la intimidad familiar ponemos cotidianamente de manifiesto nuestra capacidad de copertenencia prudencial.

A mediados del 2019 me escribía un amigo, padre de tres hijos, comentándome irónicamente sus problemas:

Estoy entusiasmado con la gran comunicación establecida con mis vástagos. Si les pregunto a dónde van, me contestan que *¡Por ahí!*; si me intereso por saber si salen con alguien, me dicen que *Con amigos*. Sobre lo que piensan hacer, me responden *¡Ya veremos!* y respecto a la hora de regreso, no tienen ni idea.

Le contesté que su diálogo era muy semejante al de la tablilla sumeria de la que ya hemos hecho mención. Quise explicarle que existen las permanencias antropológicas, que los hombres no somos seres de temporada. Así que, si pretendemos comprendernos bien a nosotros mismos, mejor que nutrirnos con respuestas exclusivamente modernas, haríamos bien en mirar a la familia con una perspectiva amplia, porque, aunque a nuestro narcisismo contemporáneo le guste creer lo contrario, las familias de todos los tiempos tienen muchas provechosas lecciones que enseñarse unas a otras.

Con un ejemplo me parece que puede haber suficiente para mostrar lo que quiero decir.

Mi amigo Jordi Nadal, director de Plataforma Editorial, recibió hace unos meses en su despacho, a tres chicas adolescentes muy modernas y muy poco interesadas en la lectura. Les dedicó con generosidad su tiempo y les habló de Camus. Les contó que un día la abuela del futuro escritor lo envió a comprar un poco de comida y él se gastó el dinero en golosinas. Cuando la abuela le preguntó dónde estaba la compra, respondió que las monedas se le habían caído en el váter. La mujer se arremangó y la buscó con la mano, en vano. “Esto –les comentó Jordi– es la pobreza que intuyo que vosotras no conocéis”. Después, les leyó la carta que Camus escribió a su maestro cuando recibió el premio Nobel de literatura, al que agradecía que lo hubiese considerado digno de descubrir el mundo, y, al terminar, seleccionó

una página de las memorias de Benjamin Carson y les pidió que la leyeran mientras él atendía unos asuntos urgentes.

Benjamin Carson es director de neurocirugía pediátrica en el Centro Infantil del Johns Hopkins. Su madre era una empleada doméstica muy pobre, pero suficientemente sagaz como para darse cuenta de que la gente de éxito pasa más tiempo leyendo que mirando la televisión. Aprendió la lección y decidió que sus hijos sólo mirarían tres programas de televisión a la semana y dedicarían una parte importante de su tiempo libre a leer libros de la biblioteca pública. Les impuso un deber complementario: al acabar un libro, le tenían que entregar un comentario del mismo por escrito. Ella los leía en silencio, como rumiando cada palabra, mientras ponía algunas marcas indescifrables por los márgenes. Años más tarde, Benjamin Carson descubrió boquiabierto que su madre no sabía leer.

En la escuela, Benjamin perdió el interés por el estudio. Prefería ser popular que tener notas brillantes. Se quejó a su madre porque no le compraba ropa de marca y ella le dijo: “De acuerdo. Te daré todo lo que gano cada semana fregando suelos, y tú nos comprarás la comida y pagarás las facturas. Lo que te sobre, podrás dedicarlo a lo que quieras”. A Benjamin le pareció un buen trato. Pero después de adquirir las cosas imprescindibles, no le quedó ni un céntimo. Entonces comprendió los equilibrios que tenía que hacer su madre para proporcionarle la humilde ropa que llevaba y volvió a estudiar con ganas. “Mi historia –concluye Carson– es, en realidad, la historia de mi madre, una mujer con escasa educación formal que me enseñó que no hay tarea más importante que la de hacer de padres”.

Una hora después de despedirse de las adolescentes, Jordi recibió una llamada de una de ellas. Quería decirle que de camino hacia la editorial sólo se habían fijado en los escaparates de las tiendas de ropa de moda, pero que a la vuelta se habían detenido ante los de dos librerías.

Cuento esta historia porque pone de manifiesto que el sentido común no tiene fecha de caducidad y el buen ejemplo, tampoco. Quizás no sea muy innovador, pero no por ello pasa de moda. Y esto es, precisamente, lo que la cultura tecnológica parece, con frecuencia, incapaz de comprender.

Un enemigo de la copertenencia prudencial, un enemigo insidioso, es la pantalla. Es bien conocido el fenómeno. En muchos casos,

el televisor tiene más capacidad de convocatoria familiar que la palabra, en detrimento de las relaciones cara a cara. No insistiré en este punto. Es bien conocido por todos.

En resumen: las tecnologías no son, en el fondo, más que prótesis antropológicas que amplifican, para bien o para mal, lo que ya somos. Por eso deberíamos atrevernos a pensar no en lo que nos muestran sobre el mundo, sino lo que nos muestran sobre nosotros mismos.

En la edad de la tecnología y del imperativo de lo moderno, quisiéramos ser tan modernos que nuestros hijos hicieran siempre de buena gana lo que nosotros deseáramos que hicieran por su bien. Nos gustaría disponer de estrategias motivadoras que hicieran innecesario cualquier tipo de castigo. Por eso las familias dedican una parte importante y creciente de su presupuesto a formarse como padres. Compran revistas especializadas, libros; ven documentales, buscan información por Internet, asisten a cursillos... Todo lo hacen con la convicción de que debe haber por ahí una respuesta técnica y motivadora adecuada para cada uno de sus problemas. Hay tantos supuestos especialistas y tanto coach diciéndoles cómo hay que educar, cuáles son las cinco cosas que deben hacer para garantizarse el éxito o las que deben evitar para no cometer errores garrafales... que no acaban de entender por qué no encuentran las respuestas que andan buscando con tanto ahínco. Ven que sus problemas perduran y que las soluciones pasan volando por sus cabezas sin que puedan atrapar ninguna. Todo el mundo parece saber lo que tiene que hacer... menos cada familia en concreto.

Y, sin embargo, tenemos miedo al futuro

A medida que el innovacionismo se ha ido imponiendo, el progreso, paradójicamente, se nos ha ido haciendo más timorato. Tanto es así, que los herederos actuales de los antiguos progresistas, ya no miran con una esperanza ciega al futuro como el lugar de redención del género humano. Su mirada al porvenir se ha enturbiado y se ha hecho recelosa. Esta actitud tiene, como no podía ser de otra manera, importantes repercusiones en la familia y en la escuela dado que el hombre, constitutivamente, es un ser futurizador.

Hubo un tiempo, allá por los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, en el que el significado de “progreso” estaba muy claro, especialmente para las personas más humildes. El novelista español Miguel Delibes recoge con fidelidad esta convicción espontánea de la mayoría de

la gente en una hermosa novela, *Camino*. Para un niño, progresar era, de forma universalmente indiscutible, trabajar menos que sus padres y ganar más. Ahora, cuando unos padres miran a sus hijos de frente, sus miradas ya no son tan optimistas. El futuro se ha oscurecido y las penumbras no permiten ver con claridad cuál será la mejor manera de formarlos para el día de mañana. Son múltiples los voceros que, haciéndose pasar por futurólogos infalibles, insisten en que, muy probablemente, la formación que les den hoy se quedará rápidamente obsoleta. Hasta el World Economic Forum ha insistido en ello en su informe titulado *The Future of Jobs* (2016). En él se lee que “los cambios disruptivos en los modelos de negocios tendrán un profundo impacto en el panorama del empleo durante los próximos años”. Se añade que se crearán nuevos trabajos, se desplazarán otros y que ya hoy en muchos países los trabajos más demandados no existían hace 10 o incluso 5 años. El proceso de cambio, además, se estaría acelerando. “Según una conocida estimación –concluye el informe–, el 65% de los niños que acceden hoy a la escuela primaria acabarán ganándose la vida en trabajos completamente nuevos que aún no existen”.

En el mes de marzo del 2019, una alta directiva de una importantísima multinacional tecnológica aseguraba en un congreso al que fui invitado en Madrid, que la cuarta revolución industrial es imparable (cosa muy probablemente cierta) y que se caracterizaría por los avances tecnológicos en robótica, inteligencia artificial, *blockchain*, nanotecnología, computación cuántica, biotecnología, impresión 3D, vehículos autónomos, etc. Y terminaba añadiendo: “Más de la mitad de las habilidades que se necesitarán en el 2025, todavía no existen”. Cuando, a continuación, tomé la palabra, no pude evitar hacer el siguiente comentario: “Lo que las grandes empresas tecnológicas suelen mostrarnos del futuro tiene la curiosa peculiaridad de coincidir milimétricamente con sus planes estratégicos”. Añado ahora que hacen bien. Lo suyo es hacer negocios. Los que lo hacemos mal somos nosotros, por dejarnos convencer de que los intereses de nuestros alumnos y nuestros hijos coinciden con los de esos planes estratégicos.

En un informe de la OCDE titulado *The case for twenty first century learning*, del 2010, el factótum de PISA, Schleicher, afirmaba que vivimos

en un mundo que cambia aceleradamente, y producir más conocimiento y habilidades semejantes a lo que ya tenemos no será

suficiente para enfrentar los desafíos del futuro [...]. Debido al rápido cambio económico y social, las escuelas deben preparar a los estudiantes para trabajos que aún no han sido creados [...]. El éxito educativo ya no consiste en reproducir el conocimiento de contenidos, sino en extrapolar lo que sabemos y aplicar ese conocimiento a situaciones novedosas [...]. El conocimiento importa, pero ser capaz de usar el conocimiento de manera efectiva y apropiada sin duda importa más.

Lo que el mensaje que Schleicher no se cansa de repetir es que, si la escuela del pasado estaba centrada en el currículo, la del futuro estará centrada en las competencias. No entiendo qué contradicción ve Schleicher entre currículo y competencias. De hecho, no comprendo cómo fundamenta lo que dice. Ni tan siquiera estoy convencido de que lo que dice tenga un significado preciso. ¿Cómo podemos extrapolar lo que no conocemos? No hay en estas palabras ni una afirmación que no merezca ser matizada. Pero ello no evita que hayan calado tan hondo que no hay convención educativa en la que no aparezcan como si fueran de sentido común.

Cuando yo era niño, a todo el mundo le parecía evidente que para progresar bastaba con estudiar y, por supuesto, hacerlo con seriedad. Se creía que el progreso estaba al alcance de quien quisiera esforzarse en las aulas. Uno podía, evidentemente, negarse a progresar, pero no podía evitar ver cómo otros progresaban. El progreso, en este sentido, era lo deseable, lo que todo padre deseaba de manera espontánea para sus hijos. Al fin y al cabo, la idea de progreso no es —¿no era?— sino el resultado de la inflación ideológica de lo deseable. Todos sabíamos que había que pagar algún precio por el progreso: para los pobres, el de un cierto desarraigo, pero lo ganado parecía manifiestamente superior a lo perdido. Creíamos que el progreso estaba al alcance de nuestra voluntad.

Ahora se nos insiste en que con estudiar no es suficiente y, al mismo tiempo, venimos observando que en los países económicamente más desarrollados, la escuela es el único lugar de formación, dado que los padres ya no transmiten sus destrezas profesionales a sus hijos, sino que, en caso de tener un destinatario, es muy posible que sea el becario de su empresa. Los niños de las economías tradicionales acompañaban a sus familias en sus trabajos, los veían resolver problemas prácticos, aprendían de su experiencia, colaboraban en las tareas comunes en la medida de sus posibilidades e iban progresi-

vamente haciéndose con la sabiduría práctica acumulada a lo largo de generaciones. Hoy, los hijos no tienen oportunidad de ver a sus padres resolviendo problemas prácticos en sus lugares de trabajo. La formación profesional hay que adquirirla fuera de casa y desde cero. Pero ¿qué formación es la adecuada si no sabemos qué futuro nos espera?

A medida que el futuro se hacía más incierto iba desapareciendo la palabra “voluntad” del vocabulario pedagógico, sustituida por la ambigua de “interés”, dando por supuesto que el interés que alguien debe ser responsable de hacer nacer en mí es el motor de todo conocimiento posible y eludiendo la cuestión importante: ¿y si fuera el conocimiento el gran dinamizador del interés?

Muchos padres comienzan a intuir que con la escuela ya no es suficiente para la formación integral de sus hijos. Por eso complementan sus estudios con actividades extraescolares de todo tipo: clases de repaso, academias de idiomas, estancias en el extranjero, cursos por Internet... Al mismo tiempo, los padres ricos cada vez dedican más tiempo a la atención personal a sus hijos (leerles, hablar con ellos, jugar juntos, etc.). Y sabemos también que las diferencias lingüísticas entre las diferentes familias son un factor decisivo en la trayectoria educativa de los niños. En los años 70 del siglo pasado no había apenas diferencias entre el tiempo que los distintos padres dedicaban a sus hijos (hablando con ellos, leyendo juntos, jugando...). En la actualidad, los padres con formación universitaria les dedican un 50% más de tiempo que el resto. Progresivamente, los de mayor nivel cultural parecen asumir que la escuela sólo constituye una parte de la trayectoria educativa de una persona bien formada, por lo que debe ser rigurosamente completada.

Al mismo tiempo, a las utopías literarias les han sucedido las distopías y no hay más que hacer una visita a Netflix para darse cuenta de que hoy no es ninguna excentricidad imaginarse el futuro como una degradación radical del presente. Parece que nos vemos a nosotros como rehenes de las buenas intenciones de nuestros padres, que estarían a punto de tener consecuencias completamente imprevistas, pero, sin duda, desastrosas. Pensamos en los peligros que parecen asociados al cambio climático.

La incertidumbre ha llegado, inevitablemente, a las aulas. Pero debido a la tierna edad de los niños y a su carácter más impresionable, lo hace de forma a veces dramática. Las encuestas nos aseguran que los europeos no nos caracterizamos por nuestro optimismo. Más del

80% de los franceses miran el futuro con recelo y, muchos de ellos, directamente con miedo. Nuestro imaginario del mañana es pesimista. Los europeos estamos asistiendo a una creciente pérdida de fe en nosotros mismos. Continuamente hablamos de incertidumbre, inquietud, complejidad, inestabilidad, cambios disruptivos, calentamiento progresivo, reformas inevitables... Nos situamos con desconfianza ante el futuro porque sentimos que los cambios que se acercan son inevitables y, sin embargo, nos pillarán mal preparados. No nos quejamos de nuestras condiciones de vida presentes, pero intuimos que pronto serán más precarias, que quizá habrá inevitables fracturas sociales...

Ciertamente, este pesimismo no ayuda a asumir los riesgos de la libertad. Incluso parece que estamos temiendo a la libertad humana, por sus consecuencias imprevistas. Es perceptible el incremento de las demandas de protección en todos los dominios. Apreciamos más la seguridad que la libertad. Pero, curiosamente, seguimos siendo optimistas con la tecnología, y muy especialmente con la doméstica. Sólo hay que mirar los datos de consumo. Pero hay algo inquietante en este optimismo porque puede verse como la prueba de la entrega incondicional del hombre a sus máquinas, rendido ya a aquel complejo de Prometeo del que hablaba Günther Anders en *La obsolescencia del hombre*. Cuando nos vemos a nosotros mismos como medida de todas las cosas, sentimos miedo. Pero cuando nos vemos medidos por nuestras máquinas, encontramos un consuelo, una esperanza, como si el hecho de depositar en ellas nuestra prudencia no fuera preocupante.

Esta situación es muy visible en nuestras escuelas. Describimos a las nuevas generaciones un futuro ecológico desolador; les insistimos que no tienen ni idea de cómo serán sus trabajos, pero que, en todo caso, serán inestables y precarios; que no sabemos qué conocimientos los equiparán eficientemente para hacer frente a los retos inmediatos; les empujamos hacia una ética de la indignación y de la náusea, porque nos sentimos incapaces de ofrecerles una ética del apetito y del agradecimiento. Y, lo peor de todo, es que hemos introducido la inseguridad y el miedo en su imagen de las relaciones generacionales (la transmisión es hoy un concepto equívoco, porque son los adultos los responsables del estado actual del mundo), de pareja y, por tanto, de la familia, haciéndoles creer que en cada hombre hay un enemigo potencial. Estamos sugiriéndoles, a veces tímidamente, a veces con más claridad, que no encontrarán cobijo para su humanidad entre los hombres.

Ojalá que esté equivocado, porque el incremento de la sensación de desconfianza es, en sí mismo, un factor objetivo de desconfianza. Quien pierde seguridad en sí mismo, en las tradiciones, en las instituciones y en sus capacidades para encarar los retos futuros, está siempre en peores condiciones de afrontar los peligros potenciales que quien confía en sí mismo y en su colectividad. La fe en la venida del Mesías es ya un anticipo del Mesías. De modo contrario, el miedo al futuro es un anticipo de ese miedo en el presente.

El miedo es, sin lugar a dudas, un sentimiento perturbador de la inteligencia y limitador de la libertad y de la prudencia y, por tanto, empobrecedor de nuestra propia condición humana.

Pero lo cierto es que tenemos miedo. La prueba principal es la de nuestra ambigua relación con la vida. Los índices de natalidad, cayendo en picado, nos sugieren que muchos de nuestros discursos a favor de la sostenibilidad, la ecología, el pacifismo o la igualdad no son completamente creíbles, porque lo que podría subyacer en ellos no es un amor al valor incondicional a la vida, sino el miedo a la muerte, que no es lo mismo y, de hecho, pudiera, incluso, ir en distinta dirección. El miedo a la muerte podría ser un movimiento de huida, mientras el amor a la vida sólo puede ser un movimiento de autoafirmación como ser vivo. Filóstrato nos cuenta en la *Vida de los sofistas* que el filósofo Filagro era menudo, de rostro severo y mirada penetrante. Se encolerizaba fácilmente, pero no ignoraba su carácter. Cuando uno de sus amigos le preguntó por qué no quería tener hijos, contestó: “Porque no disfruto de mí mismo”.

El miedo está marcando de manera muy notable nuestra relación con los niños. Un ejemplo no trivial nos lo proporciona el hecho de que se hayan quedado sin espacios para desarrollar actividades aventureras sin la directa, inmediata y constante supervisión de un adulto. No tienen oportunidades de jugar en libertad. Quien lo dude, que observe las rodillas de los niños: están impolutas. No muestran ni un arañazo. No hay en ellas ninguna huella de un accidente. Son como sus mejillas. Hasta ahí nos empuja nuestra decisión de proteger a los niños de su propia experiencia. Pero la sobreprotección es un peligro en sí misma: fragiliza a los niños. Esto se percibe incluso en la literatura infantil. Novelas que marcaron la infancia de los que hoy somos abuelos, como *Las aventuras de Tom Sawyer*, *Las aventuras de Huckleberry Finn* o *La isla del tesoro*, ya no se recomiendan a los niños, por pedagógicamente incorrectas. En los Estados Unidos han sido relegadas a los estudios universitarios. ¡Si hasta Enid Blyton resulta

hoy pedagógicamente incorrecta! La aventura –la experiencia aventurera– con todo lo que conlleva de riesgo inevitable, autonomía, azar y libertad, ha desaparecido de la vida de los niños. Intentamos compensarlos llevándolos a ludotecas, a parques de atracciones, comprándoles muchos juegos de mesa y muchos entretenimientos supervisados. El día que la aventura en el bosque fue sustituida por el juguete didáctico, los fabricantes de juguetes dieron un gran paso comercial hacia adelante, pero la humanidad dio un importante paso para atrás. Curiosamente, rodeados de juguetes, nuestros niños con frecuencia se aburren.

Recientemente dije en un programa de radio en el que colaboro regularmente que los niños, a partir de los 9 años, deben ser capaces de moverse solos por sus barrios y que si se desorientan pueden preguntar a desconocidos. Inmediatamente se colapsó la centralita del programa con quejas por lo que se consideraba un consejo altamente imprudente. Sin embargo, me reafirmo. No desconozco que en la calle puede haber peligros reales para un niño, pero el mayor peligro para un niño, lo que más lo fragiliza, es impedirle cualquier experiencia de autonomía real.

En resumen: como dice acertadamente Rémi Brague, no es lo mismo defender el humanismo propositivamente que clamar por el humanismo por miedo al advenimiento del antihumanismo. En este último caso, lo que hacemos pasar por humanismo es solamente un anti-anti-humanismo.

La adolescencia

En los años sesenta del siglo pasado la antropóloga Margaret Mead publicó un importante artículo en la revista *Science* titulado “La brecha generacional”.¹ Sostenía que las personas mayores se habían convertido en emigrantes en el mundo de los jóvenes porque los veían como un país extranjero. Ya no comprendían sus conductas ni su lenguaje y, en consecuencia, ya no podían poner a su disposición el depósito de sus experiencias vitales acumuladas con la edad. Tradicionalmente era muy apreciada la sabiduría práctica de los ancianos porque había sido adquirida en un largo proceso vital de aprendizaje experiencial. Los abuelos disponían de una visión bastante clara del conjunto de la vida. Pero, a mediados del siglo

1 MEAD, MARGARET, *Culture and Commitment: A Study of the Generation Gap*, Londres: The Bodley Head Ltd, 1970.

XX, la transmisión de este saber entró en crisis porque los ancianos no sabían cómo integrar el mundo de los jóvenes en su experiencia del mundo. Habían dejado de compartir con ellos la lógica de la cotidianidad. El abuelo veía el mundo de su nieto como algo extraño sobre el que no tenía nada que decir. A su vez, el nieto ya no veía a su abuelo como una figura de autoridad. Podía seguir siendo para él una persona entrañable, pero de la que tenía muy poco que aprender. Diez años antes, el sociólogo James Coleman había constatado la emergencia de la adolescencia como un grupo social *sui generis* que se organizaba al margen del mundo de los adultos, de acuerdo con valores propios elaborados a menudo en directa confrontación con los de los adultos. Mayoritariamente, los intereses de los adolescentes estaban centrados en el consumo. Al constatar esto, Coleman se dio cuenta de que la independencia cultural de los adolescentes, claramente favorecida por la universalización de la educación obligatoria, había tenido lugar de forma paralela a un proyecto de transferencia de la responsabilidad educativa de las familias a los centros educativos. Pero este proyecto nunca fue mucho más allá de las buenas intenciones. Hemos pensado muy poco en lo que ha supuesto su fracaso. Hemos dado ingenuamente por supuesto que siempre habría al lado del niño una figura de autoridad haciendo de padre o de madre, sin percatarnos que, aunque puede haber diferentes figuras de autoridad, sólo hay un padre y una madre. No hay sustituto para la mirada de unos padres sobre sus hijos. Los profesores tienen alumnos y, si tienen éxito, podrán hacer de ellos buenos ciudadanos; pero sólo los padres tienen hijos y si tienen éxito podrán hacer de ellos buenas personas.

A principios del siglo XX los educadores y los políticos americanos habían visto en la escuela el motor del cambio social. Confiaban en que, al ofrecer una educación universal a toda la juventud, se podría liberar a los jóvenes de los prejuicios y límites culturales de sus familias. 50 años después, Coleman constataba que la emancipación de los adolescentes ya había tenido lugar, pero sus efectos no tenían mucho que ver con los previstos. Las esperanzas de un futuro socialmente más libre y justo no solamente no se estaban realizando, sino que los adolescentes, alejados de sus familias, se estaban habituando a vivir encerrados en su propio mundo, buscando mucho más la aprobación de sus conductas por otros adolescentes que por sus padres o maestros. Había tenido lugar el nacimiento de un nuevo ámbito de pertenencia nutrido de una subcultura de gestos, lenguajes,

hábitos, modos y modelos de vida. Los adolescentes no se mostraban muy interesados en sobresalir como estudiantes ni parecían preocupados por la dimensión intelectual de su formación. Lo que realmente los estimulaba era la competición por la popularidad. Incluso eran frecuentes entre ellos las reacciones anti-intelectuales porque, afectados por el mimetismo generacional, solamente se veían a sí mismos como personas libres cuando se rendían a la fascinación de sus modelos. La emulación social adquiría una forma marcadamente intrageneracional que, además, se entendía a sí misma como un reto a los modelos heredados de los adultos. Este cambio situaba a la escuela ante nuevos desafíos para los que no había estado diseñada. Por eso, en lugar de competir con los modelos adolescentes, presentando a los jóvenes modelos adultos de referencia, frecuentemente la escuela y la familia han optado por integrar los modelos adolescentes en sus lógicas como fenómenos culturales dignos de todo respeto, contribuyendo al sometimiento de los adolescentes a la tiranía del grupo y de la moda. Aquí radica la tan frecuentemente incomprendida crisis de la escuela.

A medida que la adolescencia había ido tomando cuerpo como un grupo social autónomo, había ido alcanzando también importancia comercial, hasta transformarse finalmente en un importante mercado. Los adolescentes recibían dinero de sus padres, se divertían en un mundo que parecía creado especialmente para ellos y que se les insinuaba como el mejor de los mundos posibles.

El equipamiento imprescindible para un adolescente no ha dejado de crecer desde los tiempos de Coleman. Hoy parece que haya de incluir el móvil de última generación, ropa de marca y calzado deportivo, ordenador con conexión a Internet, consola, etc. Un adolescente medio maneja el doble de dinero (en términos reales) que un adolescente del tiempo de Coleman y al mismo tiempo su consumo es cada vez más precoz. Los niños de 7 años también quieren su móvil y hay niñas que al llegar a la pubertad empiezan a soñar con operaciones de cirugía estética.

En la medida en que todo este fenómeno ha sido potenciado por la escuela, ésta ha favorecido la integración del niño en la sociedad... de consumo.

Vivimos –escribía Coleman– una paradoja peculiar: en nuestra compleja sociedad industrial hay cada vez más cosas que aprender, y la educación formal es cada vez más importante para abrir

oportunidades vitales, pero lo cierto es que se ha ido creando una gran 'sociedad de adolescentes' que muestra poco interés por su educación, mientras se siente subyugada por los coches, los deportes, la música pop y otras cosas que tienen poco que ver con la escuela. ¿Es este proceso inevitable? ¿Lo tenemos de aceptar porque, simplemente, los adolescentes son así?²

Parece que hemos decidido responder afirmativamente a esta pregunta. El resultado es que la diferencia entre los intereses espontáneos de los niños y adolescentes y las demandas efectivas de la vida adulta no ha dejado de crecer.

Si observamos los estudios de Coleman desde el presente, lo que dice nos parece casi idílico. Aquellos adolescentes americanos de los años 50 hacían mucho ruido con su música y sus tupés, pero tenían hábitos saludables. El 70% no fumaba, el 80% no consumía alcohol. A Coleman no se le ocurrió preguntar si consumían drogas o si practicaban sexo seguro. Hoy, según un estudio de la Agencia de Salud Pública de Barcelona, alrededor del 47% de las chicas y del 43% de los chicos de 16 años de esta ciudad reconoce haberse emborrachado al menos una vez el último año y la edad de consumo de pornografía parece haber descendido a los diez años.

Coleman tampoco era capaz de imaginar que llegaría un día en que los niños se pasarían más tiempo ante una pantalla que ante sus padres, que el papel de los padres disminuiría sin que ninguna otra instancia asumiera el relevo, que, en pocas décadas, para muchos adolescentes simplemente no habría nadie actuando *in loco parentis*, como representante de los padres, ejerciendo de manera delegada su función educadora.

No es bueno caer en el dramatismo, pero los hechos son tercos al mostrarnos que la posible transferencia de autoridad no tiene nada que ver con la imposible transferencia de paternidad. Sumemos a este proceso el hecho de que las madres están saliendo cada vez más de casa para trabajar fuera, sin que los padres, mayoritariamente, estén tomando el relevo de las tareas familiares.

Tras Coleman, pues, la historia ha seguido su curso. Hoy estamos asistiendo entre perplejos y escandalizados a la desaparición de la

² COLEMAN, JAMES, "Academic Achievement and the Structure of Competition", en: *Harvard Education Review*, 29/4 (1959). Ver también de este autor *The adolescent Society*, Nueva York: Free Press, 1961; y *Foundations of social theory*, Cambridge: Harvard University Press, 1990.

pubertad. Los niños de 10 años empiezan a poner de manifiesto comportamientos que hasta no hace mucho se asociaban a la ebullición hormonal de la adolescencia. Es un fenómeno que vemos generalizarse en todas partes. Los niños, y las niñas quizás de manera más clara, cultivan desde muy temprano una imagen sofisticada de sí mismos ante el espejo. Se muestran muy preocupados por su aspecto físico. No quieren aparentar que son niños. Quieren ser jóvenes y, sobre todo, parecerlo.

Concluamos, pues, con un hecho al que no nos gusta enfrentarnos: la universalización de la educación no está teniendo los efectos que los educadores de principios de siglo habían previsto, a pesar de que los poderes públicos no dejan de incrementar los presupuestos educativos, pero sí ha contribuido a convertir la infancia y la adolescencia en un mito romántico, una especie de sustituto de la utopía a la que los adultos nos vimos obligados a renunciar cuando nos pusimos a gestionar la realidad. El niño nos es presentado hoy como un ser inocente, moralmente bueno y un científico y un artista en potencia. Los adultos vendríamos a ser, entonces, niños degradados. Si esto fuera verdad, la mejor manera de conseguir que un niño fuera un adulto de provecho, sería la de impedirle que creciera. Las críticas acervas a la autoridad de padres y maestros son críticas peterpanescas al principio de realidad.

Dadas estas premisas, no puede sorprendernos que algunos deduzcan que el culpable de todas las imperfecciones de un adulto es su educador, comenzando por sus padres y acabando por sus maestros. Si “la sociedad” hubiera dejado que se manifestaran sus talentos naturales, sin encorsetarlos por las convenciones, ahora sería un adulto resplandeciente de virtudes. Esta ficción sin sentido es una de las ideas más nocivas de la educación moderna, porque justifica la inacción de muchos padres que no soportan decir no a sus hijos. Pero si el niño dispone de la libertad del adulto, ¿qué necesidad tiene de crecer?

Nunca se ha pedido más a las familias y a las escuelas, dado que se las hace directa o indirectamente responsables de buena parte de los problemas sociales. Sin embargo, nunca habían estado ambas más puestas en cuestión.

Los padres cada vez se dirigen con más determinación a los profesores para indicarles la manera exacta en que deben tratar a sus hijos. Les han insistido tanto que en la escuela moderna “el niño debe estar en el centro”, que entienden que es su niño el que debe ocupar ese

centro para sí solo. Y actúan en consecuencia. Por eso cada vez son más las familias que buscan escuelas a la carta con una mentalidad clientelar y las que se plantean la escolarización de sus hijos en casa. Los padres leen en la prensa que aprender es fácil y que todos los niños son científicos y no se paran a pensar que no se sabe de ninguno que viendo caer una manzana haya deducido por sí mismo, autónomamente, las leyes de Newton. No es suficiente con permitir que un niño se mueva libremente por el aula para hacerlo un científico. Es absurdo. Pretender que un niño sea autónomo por inflación del “autós” (del yo) y la reducción del “nomos” (la ley que debe seguir para no quedar desorientado). Los padres aceptan acríticamente que no hay que interferir en las decisiones de los hijos (cuando es obvio que una familia sana es una unidad de interferencia mutua), que hay que desarrollar el pensamiento crítico (como si éste consistiera en el derecho a criticarlo todo), que hay que estimular la opinión de los niños (cuando lo que hay que hacer es enseñarles a argumentar), etc. Queremos que los niños sean creativos, como si fuera posible serlo en ausencia de conocimientos. Optamos por la psicología positiva creyendo de buena fe que los buenos deseos modulan la realidad y la ponen a nuestro alcance, olvidando que, esperar que la vida te trate bien porque eres buena persona es como esperar que un tigre no te ataque porque eres vegetariano.

“No sucede nada interesante después de los doce años”, se lamentaba James Matthew Barrie, creador de Peter Pan. Esta hipótesis ha proporcionado beneficios millonarios a Disney, a Spielberg y al mismo Barrie, así como miles de imágenes a los poetas melancólicos, pero, pedagógicamente es muy perniciosa.

El peterpanismo es un trastorno psicológico que los adultos provocamos en nuestros hijos cuando no les dejamos crecer en una libertad responsable. Convencer a un adolescente pletórico de energía de que no siempre sabe lo que es mejor para él, y de que, frecuentemente, lo mejor es reprimir determinados impulsos y sacrificar su satisfacción inmediata en interés del futuro, no es nada fácil. Con frecuencia los padres se sienten con las manos atadas ante las influencias del medio; los hijos protestan airadamente y la casa se convierte en un frente de batalla. Pero el oficio de padre no consiste en evitar conflictos a cualquier precio, sino en hallar la manera de superarlos a medida en que se van presentando. Si pretendemos hacer crecer a nuestros hijos en un mundo ficticio sin conflictos, en el que su ingenuidad no se vea expuesta a la complejidad de la vida, no les estaremos dando

una prueba de amor, sino que les estaremos transmitiendo nuestros miedos. Hemos de evitar que se equivoquen siempre que ello esté en nuestras manos, pero, como inevitablemente, tarde o temprano, se han de alejar de nosotros y han de tomar sus propias decisiones, el mejor aprendizaje que les podemos dar es ayudarlos a corregirse cada vez que cometen un error.

Cuando las crías de las aves han crecido lo suficiente, echan a volar por sí mismas. Si se muestran indecisas, sus padres acaban empujándolas fuera del nido para que se busquen la vida. A diferencia de las aves, muchas familias, al ver que sus hijos hacen el remolón y no se deciden a abandonar el domicilio familiar, amplían el nido.

En los últimos años estamos observando que muchos niños con conductas antisociales no proceden de zonas marginales de las grandes ciudades, sino de familias de alto nivel adquisitivo y cultural con una orientación que de forma muy laxa podemos llamar “progresista”, pero que han desatendido la educación de sus hijos, relegándola a la escuela. El sociólogo Javier Elzo sostiene que la falta de supervisión de los padres es la variable más relevante a la hora de explicar la conducta antisocial de los niños.

Veo con preocupación el fomento creciente de un emotivismo blando en las escuelas que, sin embargo, se hace pasar por educación emocional sin serlo, porque no se atreve a asumir un hecho básico: las emociones no pueden regularse a sí mismas. Necesitan de algún principio no emocional que haga de árbitro entre ellas y permita jerarquizarlas. Este principio sólo puede ser moral.

Para no ser morales fragmentariamente debemos asumir la guía de un principio ordenador de nuestras plurales tendencias anímicas que no está dado con la obviedad del deseo. Más bien su necesidad se impone cuando descubrimos que, con frecuencia, se despiertan en nosotros deseos contradictorios que pugnan entre sí. Como no podemos satisfacerlos todos al mismo tiempo, hemos de priorizarlos y reprimir uno para dar salida al otro. Por eso es inteligente elegir bien y ordenar bien nuestra conducta.

Hemos de ser inteligentes porque ya tenemos voluntad.

Necesitamos un principio que nos ayude a conseguir una visión de la propia biografía que no sea fragmentaria, que nos ayude a construir la unidad de nuestros fragmentos existenciales. Este es un proyecto tan complejo que ocupa toda una vida, porque continuamente estamos desempeñando distintas funciones (hijo, hermano, nieto, amigo, vecino, compañero, alumno...) y, sin embargo, no podemos reducir-

nos a ninguna de ellas. Precisamente por ello necesitamos integrar las funciones fragmentarias en el relato de una vida ordenada por un principio moral unificador (metafuncional, si se quiere).

“Querer volverse un hombre mejor fragmentariamente –escribió Kant– es un intento vano”. Efectivamente, la persona ética está guiada por la unidad del principio interno que ordena su vida en lo bueno y en lo malo, en sus excelencias y en sus deficiencias fragmentarias. Cuando esta unidad está dada, descubrimos un carácter moral, un estilo ético.

En resumen: ganarse una unidad existencial –ganarse una biografía– no es una tarea sencilla, pero sí es hermosa, porque en ella se deja vislumbrar nuestra función como seres humanos. Ronald Dworkin expresa esta idea mucho mejor que yo en *Justicia para erizos*:

Sin dignidad nuestras vidas duran un pestañeo. Pero si nos las arreglamos para llevar adecuadamente una vida buena, creamos algo más. Escribimos un subíndice a nuestra mortalidad. Convertimos nuestras vidas en diamantes diminutos en la arena cósmica.

Una familia normal

No me canso de repetir que crecer en una familia normal es una suerte inmensa. Pero en estos tiempos nuestros, lo normal se ha vuelto sospechoso. Con frecuencia, incluso, le pedimos a la norma que rinda cuentas de su normalidad ante el tribunal de la excepción. Pero lo que yo entiendo por normal es algo bastante sencillo. Para mí, una familia normal es aquella que no sobrecarga sus neurosis inevitables con excesivas gesticulaciones.

Los niños nacen con más energía que sentido común para controlarla. En esto, precisamente, consiste ser niño. La energía se multiplica en la adolescencia sin que el sentido común siga su progresión. De ahí que, si alguien tiene que poner insistentemente, una y otra vez, el sentido común en una familia, este es el adulto. Sí, inevitablemente es así. A algunos puede parecerles esto una injusticia, pero para que una familia funcione normalmente, alguien en su seno debe resignarse a hacer de adulto, corporeizando, de alguna manera, el principio moral unificador.

Pero seguir siempre los consejos del sentido común, cansa. De ahí que no haya paternidad sin algún tipo de neurosis. No existen las familias en las que nunca se haya dado un portazo, ni nunca se haya

elevado la voz, ni hayan sido presas de silencios tensos, en las que nunca se haya dicho o hecho algo inconveniente, etc. No existen familias sin algún suceso ruborizante en su historia. Pero sí existen las familias que son capaces de no sobrecargar sus neurosis inevitables con excesivas gesticulaciones porque saben cuál es el norte que las guía.

Toda familia normal tiene sus propias e inevitables tensiones cotidianas. La paz y la armonía absoluta se las dejamos a las familias perfectas. En una familia normal hay muchos momentos de plenitud inolvidable. Todos hemos conocido más de uno. Pero también hay roces que hacen saltar chispas. Cualquiera familia que haya hecho un largo viaje y a los cinco minutos de partir se haya visto enfrentada a la reiteración de la pregunta “¿Cuánto falta?”, sabe a qué me refiero. Con frecuencia se enfrenta a malos humores imprevistos, a discusiones por detalles insustanciales, a malas respuestas, a adolescentes convencidos de que la única ilusión de sus padres es fastidiar a sus hijos... No es fácil enseñar a los hijos a hacer compatibles los hábitos de autocontrol y de libertad, a respetar las convenciones sociales, a ser progresivamente autónomos, etc. No es nada fácil ponerse a dialogar con un niño caprichoso... y mil retos más.

Las tensiones son inevitables. Pero hay familias que se enfrentan a ellas fragmentariamente, a gritos, llevándose las manos a la cabeza, sobrecargando de tensión la tensión ya existente, y hay familias que se enfrentan a sus problemas cotidianos –al menos habitualmente– sin añadirles tensiones histéricas.

Las familias normales tienen problemas, pero intentan arrostrarlos sin hysterizar dramáticamente cualquier inconveniente que les presenta la vida.

Cada vez estoy más convencido de que la manera de tratar los problemas es, en sí misma, un factor educativo de primer orden, porque las familias que se enfrentan a ellos con una cierta tranquilidad, están dando un ejemplo de confianza en sí mismas y están educando a sus hijos en esta confianza, mientras que las familias que creen que la manera de solucionar un problema es gritar mucho, como si pudieran espantarlo, están educando a sus hijos en la desconfianza hacia sí mismos. Cuando nos surge un inconveniente ayuda poco a resolverlo dedicarse a insultar a la realidad.

Una manera confiada de enfrentarse a un problema es ya una primera respuesta a ese problema, porque incrementa la circunspección y, por lo tanto, los recursos.

La confianza que una familia normal deposita en sí misma no niega los problemas, pero ayuda a encararlos sin poner en cuestión el amor mutuo de sus miembros. Permite de esta manera proporcionar a los hijos la lección más importante de su vida. Es una lección que solamente se puede aprender en el seno de la familia normalmente imperfecta: que podemos ser amados a pesar de nuestras imperfecciones.

Los niños no tardan en descubrir que sus padres están muy lejos de ser perfectos. Aunque sus imperfecciones les molesten (algunas más que otras, claro está), probablemente aprenderán a valorarlas en su justa medida y de esta manera se irán haciendo adultos, porque hacerse adulto es también aprender a querer a alguien que merece ser querido a pesar de sus imperfecciones. Los hijos de una familia normal ven que sus padres se quieren a pesar de que cada uno conoce bien los defectos del otro. Tienen sus más y sus menos y a veces el ambiente familiar se carga de una cierta e incómoda tensión y se intuye en cada palabra y en cada gesto algo que no acaba de decirse con claridad: esos “porque sí” o “ya sabes tú bien lo que quiero decir” o “¡deja, que ya lo hago yo!...”. Pero si la calma no tarda en recuperarse, el momento de tensión es sólo un momento circunstancial de una historia en la que lo importante (el principio cohesionador) pesa más que lo anecdótico (lo fragmentario).

Cuando me preguntan cuál es la principal obligación de los padres, no dudo en contestar que quererse. “Esa no es una obligación”, me suelen decir y yo asiento porque, efectivamente, quererse por obligación es una forma extraña de quererse, pero lo que quiero resaltar es que la principal lección que pueden dar los padres a sus hijos es la manifestación de su amor mutuo. Se aman siendo imperfectos de igual manera que aman a sus hijos de forma incondicional sabiendo que son también imperfectos. Hay que quererse para mostrar qué es quererse. No estoy pidiendo –¡por favor!– un mundo poblado por sentimentaloides emotivos que en cuanto te descuidas lo mismo te dan un abrazo que se ponen a abrazar emocionadísimos a un árbol. Estoy hablando de que se note la capacidad del amor como manifestación y celebración del principio cohesionador que rige la vida de una familia normal. Sabemos muy bien que para el desarrollo psicológico de los hijos, el afecto ambiental es tan importante como la leche materna para su crecimiento biológico. Pero, además, el amor no necesita de continuas muestras de afecto acaramelado y sensiblero. El niño que crece sabiendo que puede ser querido a pesar de sus imperfecciones (no por ellas) aprende a ir limándolas para merecer

el amor que recibe. Que quede claro que, en tanto que ser humano, siempre le acompañará una imperfección u otra, pero es un gesto de amor hacia la persona que te ama mostrarle que estás dispuesto a mejorar para merecer su cariño.

En el seno de una familia normal vamos aprendiendo, gracias precisamente a sus altibajos, a visualizar las diferentes versiones de nosotros mismos. Descubrimos que hay algunos comportamientos que nos permiten sentirnos legítimamente orgullosos de lo que podemos llegar a ser y otros que nos hacen sentir vergüenza de hasta dónde podemos caer. Descubrimos también que es más reconfortante seguir las mejores versiones de nosotros mismos que las más triviales. Los hábitos de autocontrol y libertad responsable encuentran aquí su lugar de nacimiento. Aprendemos a vernos a nosotros mismos como hijo, hermano, nieto, primos... a unificar todas nuestras funciones existenciales en una biografía de la que somos responsables.

Las ventajas de crecer en una familia normal no acaban aquí. Más bien comienzan aquí, porque una familia normal es la principal institución de acogida y solidaridad natural que conoceremos en nuestra vida. Quien cuenta con una familia normal sabe que ha merecido su amor incondicional por el mero hecho de haber nacido en ella, es decir, por haber llegado. No hay otra institución así. Su solidaridad es inagotable, por eso, cuando en los momentos de crisis económica llegan las vacas flacas y los gobiernos se ven obligados a hacer recortes, quien cuenta con una familia, cuenta con un refugio para la intemperie.

La solidaridad de una familia normal es innegociable. Está preservada de la negociación y la táctica. Se mantiene firme como un elemento de estabilidad cuando todo cambia y se altera.

Amarse es más importante que entenderse. Incluso podemos preguntarnos si las personas podemos llegar a comprendernos si previamente no nos amamos. El amor no es ciego. Amar no significa ignorar.

¿Cómo sabemos que estamos amando bien? La respuesta es sencilla: cuando la persona amada puede mostrarnos su debilidad con la completa seguridad de que no la utilizaremos en nuestro beneficio.

Acabemos con un resumen sintético de lo dicho.

Una fábula de Schopenhauer cuenta que unos puercoespines quisieron acercarse unos a otros en un gélido día de invierno para darse calor. Sintiendo enseguida los pinchazos de sus púas se vieron obligados a separarse... pero el frío los empujó a juntarse de nuevo y así fueron pasando de un sufrimiento punzante a otro, hasta que

hallaron la distancia adecuada para darse calor sin hacerse daño. Del mismo modo impulsa a los hombres el deseo de compañía a buscarse los unos a los otros, pero sus muchos defectos vuelven a separarlos de nuevo. El arte de aprender la distancia justa es el arte de la prudencia de la copertenencia.

Encuentro en el más que interesante libro que ha escrito Jonathan Haidt con Greg Lukianoff, *La transformación de la mente moderna*, un fragmento del discurso que, en junio de 2017, John Roberts, presidente del Tribunal Supremo de Estados Unidos, pronunció en la ceremonia de graduación de la escuela de secundaria de su hijo. Lo traigo hasta aquí porque es un magnífico ejemplo de resistencia contra el papanatismo de cierta educación emocional:

Espero que, de vez en cuando, en los próximos años, os traten injustamente, para que así lleguéis a conocer el valor de la justicia. Espero que sufráis la traición, porque eso os enseñará la importancia de la lealtad. Lamento decirlo, pero espero que os sintáis solos de vez en cuando, para que no deis por seguros a vuestros amigos. De nuevo, os deseo mala suerte de vez en cuando, porque así seréis conscientes del papel que desempeña el azar en la vida y que el fracaso de los demás tampoco es completamente merecido. Y cuando perdáis, como os ocurrirá en algunas ocasiones, que de tanto en tanto vuestro adversario se regodee en vuestro fracaso. Es una forma de que entendáis la importancia de la deportividad. Espero que os ignoren, para que sepáis qué importante es escuchar a los demás, y espero que sufráis el suficiente dolor para aprender a ser compasivos. Deseo o no estas cosas, van a ocurrir. Y que saquéis provecho de ellas dependerá de vuestra capacidad de ver un mensaje en vuestras desgracias.

El lugar en que esta capacidad se desarrolla es la familia sensatamente imperfecta, que es el regazo que nos recibe al nacer.

Bibliografía

- MEAD, MARGARET, *Culture and Commitment: A Study of the Generation Gap*, Londres: The Bodley Head Ltd, 1970.
- COLEMAN, JAMES, “Academic Achievement and the Structure of Competition”, en: *Harvard Education Review*, 29/4 (1959).
- COLEMAN, JAMES, *The adolescent Society*, Nueva York: Free Press, 1961.
- COLEMAN, JAMES, *Foundations of social theory*, Cambridge: Harvard University Press, 1990.